

735. Un hermano dijo a abba Pastor: “A mi cuerpo le están faltando las fuerzas y mis pasiones no se debilitan”. Le dijo el anciano: “Las pasiones son como espinas de zumaque”.

736. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué haré?”. El anciano le dijo: “¿De qué tendremos que preocuparnos cuando Dios nos visite?”. El hermano respondió: “De nuestros pecados”. El anciano le dijo: “Entremos a nuestra celda y sentados hagamos memoria de nuestros pecados, y el Señor vendrá en nuestra ayuda en todas las cosas”.

737. Un hermano que iba al mercado le preguntó a abba Pastor: “¿Qué quieres que haga?”. El anciano le dijo: “Hazte amigo del que te hiciere violencia, y vende tus cosas en paz”.

738. Abba Pastor dijo: “Enseña a tu boca a hablar las cosas que encierra tu corazón”.

739. Interrogaron a abba Pastor sobre la impureza, y él respondió: “Si somos activos y velamos con solicitud, no hallaremos impureza en nosotros”.

740. Abba Pastor dijo: “Desde la tercera generación de Escete y a partir de abba Moisés, los hermanos no han hecho progresos”.

741. Dijo también: “Si un hombre guarda su orden, no será turbado”.

742. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿De qué modo me conviene permanecer en la celda?”. Le dijo: “Aparentemente, permanecer en la celda consiste en el trabajo manual, comer una sola vez al día, el silencio y la meditación; mas progresar realmente en la celda es experimentar el desprecio de sí en cualquier lugar que vayas, no descuidar las horas de la sinaxis y de la oración secreta. Y si llegas a tener un espacio de tiempo libre de trabajo manual, ve a la sinaxis y celébrala serenamente. Pero la perfección de todas estas cosas, es tener buenas compañías y abstenerse de las malas”.

743. Un hermano interrogó a abba Pastor: “Si un hermano tiene un poco de dinero que me pertenece, ¿quieres que se lo pida?”. El anciano le dijo: “Pídeselo una vez”. El hermano le dijo: “¿Y luego qué haré?, pues no puedo controlar mi pensamiento”. El anciano le dijo: “Deja tu pensamiento en paz y no perturbes a tu hermano”.

744. Sucedió cierta vez que algunos de los Padres entre los que se hallaba abba Pastor, fueron a la casa de un hombre piadoso. Durante la comida se sirvió carne y todos comieron, excepto abba Pastor. Los ancianos, que conocían su discreción, se admiraron de que él no comiera. Cuando se levantaron le dijeron: “Tú eres Pastor, ¿y has obrado de ese modo?”. El anciano les respondió: “Perdonadme, Padres; vosotros comisteis y nadie se escandalizó; pero si yo hubiera comido, como son muchos los hermanos que vienen a mí, se hubieran sentido heridos, y habrían dicho: Pastor come carne, ¿y nosotros no comemos?”. Y ellos admiraron su discreción.

745. Abba Pastor dijo: “Yo digo: Seré arrojado en el lugar adonde ha sido lanzado satanás”.

746. El mismo dijo a abba Anub: “Aparta tus ojos para que no vean la vanidad. Pues la libertad hace perecer a las almas”.

747. Cierta vez, en presencia de abba Pastor, Paesio se peleó con su hermano, hasta el punto que la sangre corría de sus cabezas. El anciano no les dijo absolutamente nada. Cuando abba Anub entró y los vio así, le dijo a abba Pastor: “¿Por qué permites que los hermanos se peleen y no les dices nada?”. Abba Pastor le dijo: “Son hermanos y harán nuevamente las paces”. Abba Anub le dijo: “¿Qué es lo que quieres decir?, los ves obrar de ese modo y dices: Harán nuevamente las paces”. Abba Pastor le dijo: “Tú piensa en tu corazón que yo no estoy aquí”.

748. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Unos hermanos viven conmigo, ¿deseas que los presida?”. El anciano le dijo: “No. Trabaja tú en primer lugar, y si ellos desean vivir así, lo verán por sí mismos”. El hermano le dijo: “Pero si ellos mismos quieren que los presida”. El anciano le dijo: “No; sé para ellos un modelo, no un legislador”.

749. Abba Pastor dijo: “Si un hermano te viene a visitar y tú ves que su visita no te aprovecha, busca en tu espíritu qué pensamiento tenías antes de su llegada, y sabrás entonces cuál es la causa de esta inutilidad. Si haces esto con humildad y atención serás irreproachable con tu prójimo, soportando tus propios defectos. Pues dondequiera el hombre ponga su asiento, si lo hace con reverencia, no falta, pues Dios está en su presencia. Veo que por esto el hombre adquiere el temor de Dios”.

750. Dijo también: “El hombre que tiene un niño que vive con él, y que es inducido por éste a una pasión cualquiera del hombre viejo, y a pesar de eso lo retiene con él, es semejante a un hombre que tiene un campo comido por los gusanos”.

751. Dijo también: “La malicia de ningún modo extingue la malicia; pero si alguien te hace daño, hazle el bien. Porque por el bien hecho destruyes la malicia”.

752. Dijo también: “Cuando David combatía con el león lo asió por la garganta y lo mató al instante. Si nosotros tomamos también nuestra garganta y nuestro vientre venceremos, con la ayuda de Dios, al león invisible”.

753. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “¿Qué puedo hacer pues la pasión viene hacia mí y me turba?”. El anciano le dijo: “La violencia hace que los pequeños y los grandes sean turbados”.

754. Decían acerca de abba Pastor que vivía en Escete con sus dos hermanos, y que el más joven los mortificaba. Así que le dijo al otro hermano: “Este joven nos paraliza, levantémonos y vayámonos de aquí”. Partieron, abandonándolo. Al ver que tardaban, comprendió que se habían marchado lejos y comenzó a correr tras ellos gritando. Abba Pastor dijo: “Esperemos al hermano, que está fatigado”. Cuando hubo llegado a ellos, hizo la metanía diciendo: “¿Adónde ibais, dejándome solo?”. El anciano le dijo: “Porque nos afliges, por eso nos marchamos”. El les dijo: “Sí, sí, vayamos

juntos adonde queráis vosotros”. Viendo el anciano su sencillez, le dijo a su hermano: “Volvamos, hermano, pues no obra así voluntariamente, sino que el diablo es el que lo impulsa”. Y regresaron a su lugar.

755. El higúmeno de un cenobio interrogó a abba Pastor diciendo: “¿De qué modo puedo alcanzar el temor de Dios?”. Abba Pastor le dijo: “¿Cómo podemos alcanzar el temor de Dios cuando tenemos los vientres llenos de queso y de conservas?”.

756. Un hermano interrogó a abba Pastor diciendo: “Abba, había dos hombres, uno era monje y el otro seglar. Una tarde, el monje decidió que dejaría el hábito al llegar la mañana, y el seglar que se haría monje. Ambos murieron esa misma noche. ¿Cómo serán considerados ellos?”. El anciano le respondió: “El monje murió monje, el seglar murió seglar. Partieron en el estado en que se encontraban”.

757. Abba Juan dijo: “Fuimos un día desde Siria a ver a abba Pastor para interrogarlo sobre la dureza del corazón. El anciano no sabía griego y no se encontró intérprete. Así, pues, viéndonos afligidos, comenzó a hablar en lengua griega, diciendo: La naturaleza del agua es suave, mas la de la piedra es dura. Pero si se suspende un recipiente que deja caer agua sobre la piedra, poco a poco la perfora. Del mismo modo, la palabra de Dios es suave y nuestro corazón, duro; sin embargo, cuando el hombre oye con frecuencia la palabra de Dios, se abre su corazón al temor de Dios”.

758. Abba Isaac vino a ver a abba Pastor y lo encontró lavándose los pies. Como le hablaba con libertad, le dijo: “¿Cómo es que otros practican la austeridad y tratan duramente a su cuerpo?”. Abba Pastor le dijo: “Nosotros no hemos aprendido a matar nuestro cuerpo, sino las pasiones”.

759. Dijo también: “Hay tres cosas de las que no puedo privarme: comida, vestido y sueño; pero puedo restringirlas en parte”.

760. Un hermano interrogó a abba Pastor con estas palabras: “Como muchas legumbres”. El anciano le dijo: “Eso no te aprovecha; come tu pan con unas pocas legumbres; y no vayas a tu casa paterna a causa de la necesidad”.

761. Se decía de abba Pastor que si algunos ancianos estaban sentados junto a él hablando de los ancianos, y se nombraba a abba Sisoës, él decía: “Guarda silencio sobre abba Sisoës, pues todo lo suyo va más allá de lo que puede ser dicho”.

761 A. (967) Dijo también: “Enseña a tu corazón a guardar lo que tu lengua enseña”.

761 B. (968) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “Pierdo mi alma junto a mi abba, ¿permaneceré todavía con él?”. Vio el anciano que sufría daño, y se asombró de que le preguntase si debía permanecer. Le respondió el anciano: “Si quieres puedes quedarte”. Se fue de allí y quedó con su abba. Otra vez vino, diciendo: “Pierdo mi alma”. Y el anciano dijo: “Vete”. Por tercera vez vino, diciendo: “Ya no quedo más con él”. Abba Pastor le dijo: “Pues ahora sí que te salvarás. No vivas más con él”. Dijo el anciano: “Cuando uno ve que pierde el alma, ¿qué necesidad tiene de preguntar? Se pregunta acerca de los pensamientos ocultos, y los ancianos tienen que probarlos, pero sobre los pecados manifestados no hay necesidad de preguntar, sino que se los debe cortar en seguida”.

761 C. (969) Dijo abba Pastor que abba Pafnucio era grande, y se refugiaba en las pequeñas liturgias.

761 D. (970) Preguntó un hermano a abba Pastor: “¿Cómo debo comportarme en el lugar en que habito?”. Le respondió el anciano: “En el lugar en que habitas piensa que eres extranjero, de esa manera no pretenderás hacer gala de tu palabra y tendrás la paz”.

761 E. Dijo también: “Esta voz grita al hombre hasta su último aliento: ¡Convertíos hoy!”.

761 F (971) Dijo el mismo: “David escribió a Joab: Continúa la lucha. Te apoderarás de la ciudad y la saquearás. La ciudad es el enemigo”.

761 G. (972) Dijo también: “Joab habló así al pueblo: Sed valientes e hijos de la fuerza y combatiremos por el pueblo de nuestro Dios. Estos hombres somos nosotros”.

761 H. (973) Dijo también: “Si Moisés no hubiera llevado sus ovejas a Mandra, no hubiera visto al que estaba sobre el arbusto”.

761 I. (974) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Cómo estás ahora en este lugar?”. Le respondió: “Quise que si yo me perfeccionaba en Escete, también mis hermanos lo hicieran, y aquí estamos”.

761 J. (975) Dijo también: “Lo que el hombre ve y no practica, ¿cómo podrá enseñarlo a su prójimo?”.

761 K. (976) Dijo también: “El hombre que vive con su compañero, debe ser como una columna de piedra. No se enoja si es insultado y no se exalta si es alabado”.

761 L. (977) Dijo también: “No puede el hombre conocer las potencias exteriores, pero si entran en él, las combate y expulsa”.

761 M. (978) Dijo también: “No prever lo que sucede, nos impide progresar hacia lo que es mejor”.

761 N. (654) Dijo también: “No abras tu conciencia al hombre en quien no confía tu corazón”.

761 O. (979) Dijo abba Pastor: “Digo que en el lugar en que hay batalla, hay que militar”.

761 P. (980) Oyó hablar abba Pastor acerca de uno que ayunaba la semana entera, pero se encolerizaba. Dijo el anciano: “Aprendió a no comer durante la semana y no aprendió a expulsar la ira”.

761 Q. (981) Dijo abba Pastor: “Esta es la razón por la que estamos en grandes dificultades: que no nos preocupamos de nuestro hermano, como la Escritura nos enseña a hacerlo. Y también, porque no tenemos presente a la mujer cananea, que seguía al salvador gritando y suplicándole que sanase a su hija, y el salvador aceptó y la tranquilizó”.

761 R. (982) Dijo abba Pastor: “Si el alma se aleja de quien ama discutir sobre palabras, y del desorden y confusión humanas, llegará a ella el Espíritu de Dios y entonces podrá engendrar, aunque sea estéril”.

761 S. (983) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Cómo tienen que vivir los cenobitas?”, y el anciano le respondió: “El que permanece en el cenobio debe ver a todos los hermanos como si fueran uno solo, y custodiar su boca y sus ojos; y descansar sin preocupaciones”.

761 T. (984) Dijo abba Pastor acerca de los hijos de Semeí: “La materia es la justificación de sí mismo; esto destruye al que la adquiere”.

761 U. (693a) Preguntó un hermano a abba Pastor, diciendo: “¿Qué haré con mis pecados?”. Le dijo el anciano: “Llorar en tu interior, pues la liberación de los pecados y el nacimiento de las virtudes se hacen, ambos, por la compunción”.

761 V. (693b) Dijo también: “Llorar es el camino que nos ha transmitido la Escritura y nuestros padres”.

761 W. (717) Un hermano fue adonde estaba abba Pastor y le dijo: “¿Qué haré?”. Le dijo el anciano: “Ve y acércate a aquel que dice: ¿Qué es lo que busco?, y tendrás el descanso”.

ABBA PAMBO

San Jerónimo estima que Pambo, junto con Macario e Isidoro, era uno de los principales maestros del desierto. Había nacido en 303 en Egipto y fue uno de los primeros compañeros de Amún en Nitria. San Atanasio lo invitó a verlo a Alejandría, tuvo contactos con Antonio y Macario. Abba Pastor lo menciona varias veces y finalmente murió en presencia de Melania la Mayor, en 373. Varios de los apotegmas de Pambo provienen de la "Historia lausíaca", que narra también su muerte en el capítulo 10.

762. Había un anciano llamado Pambo, de quien se decía que pasó tres años pidiendo a Dios y diciendo: "No me glorifiques sobre la tierra". Y tanto lo glorificó Dios, que nadie podía mirarlo cara a cara, a causa de la gloria que tenía su rostro.

763. Unos hermanos vinieron un día adonde abba Pambo, y uno de ellos lo interrogó diciendo: "Abba, yo ayuno dos días, y después como dos panes, ¿estoy salvando mi alma, o me engaño?". El otro dijo: "Abba, yo obtengo por el trabajo de mis manos dos keration cada día, me guardo un poco para el alimento y el resto lo doy para limosna. ¿Me salvaré o me perderé?". Estuvieron rogándole durante mucho tiempo y no tuvieron respuesta. Después de cuatro días, cuando ya estaban por retirarse, los clérigos los exhortaban diciendo: "No os entristezcáis, hermanos, Dios os da el salario, esta es la costumbre del anciano: no hablar rápidamente, si Dios no lo inspira". Entraron pues adonde estaba el anciano y le dijeron: "Abba, ruega por nosotros". Les dijo: "¿Queréis marcharos?". Le contestaron: "Sí". Y atribuyéndose a sí mismo sus obras y escribiendo sobre la tierra, dijo: "Pambo ayuna dos días, y después come dos panes, ¿se hace monje por esto? No. También Pambo trabaja por dos keration y da limosna, ¿acaso se hace monje por esto? Tampoco". Les dijo: "Son buenas las obras, pero si guardas la conciencia para con tu prójimo, entonces te salvarás". Y ellos, satisfechos, partieron con alegría.

764. Cuatro escetiotas, vestidos con pieles, vinieron a ver al gran Pambo, y cada uno le dijo la virtud de su vecino, uno ayunaba mu-

cho, el segundo era pobre, el tercero había adquirido mucha caridad. Del cuarto decían que vivía desde hacía veintidós años en la obediencia de un anciano. Abba Pambo les respondió: “Os digo, la virtud de éste es la mayor. Pues cada uno de vosotros, en la virtud que deseaba adquirir, lo ha hecho según su voluntad, mas éste, renunciando a su voluntad, hace la voluntad de otro. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin”.

765. El arzobispo Atanasio de Alejandría, de santa memoria, rogó a abba Pambo que bajase desde el desierto a Alejandría. Cuando descendió, vio una actriz, y lloró. Como los que estaban allí le preguntaron por qué lloraba, dijo: “Dos cosas me han movido a ello; una, la perdición de esta mujer; otra, que no tengo tanta solicitud para agradecer a Dios, como ésta a los hombres malos”.

766. Dijo abba Pambo: “Por gracia de Dios, desde que renuncié al mundo, no me he arrepentido por ninguna palabra que haya dicho”.

767. Dijo también: “El monje debe llevar tales vestidos, que si los tirase fuera de su celda durante tres días, nadie los tomara”.

768. Sucedió que abba Pambo viajaba con algunos hermanos por la región de Egipto y, viendo a unos seglares sentados, les dijo: “Levantaos, saludad a los monjes, para que os bendigan, pues ellos hablan constantemente de Dios, y sus bocas son santas”.

769. Contaban acerca de abba Pambo que estaba moribundo y, en la misma hora de su muerte, dijo a los santos hombres que estaban de pie junto a él: “Desde que vine a este lugar en el desierto, y me edificué la celda y habité en ella, no recuerdo haber comido pan sino con el trabajo de mis manos, ni me arrepiento de alguna palabra dicha hasta ahora. Y sin embargo voy a Dios como quien no ha comenzado todavía a servir a Dios”.

770. “Tenía sobre muchos que si era interrogado sobre una palabra de la Escritura o una palabra espiritual, no respondía en seguida sino que decía desconocer esa palabra. Y si le preguntaban todavía más, no respondía”.

771. Dijo abba Pambo: “Si tienes corazón, puedes salvarte”.

772. El presbítero de Nitria le preguntó cómo deben vivir los hermanos. El respondió: “En una gran ascesis, y guardando su conciencia sobre su prójimo”.

773. Decían acerca de abba Pambo: “Así como Moisés tomó la imagen de la gloria de Adán cuando su rostro fue glorificado, del mismo modo el rostro de abba Pambo brilló como un astro, y era como un rey sentado en su trono”. Así fue también para abba Silvano y abba Sisoés”.

774. Decían de abba Pambo que su rostro nunca sonreía. Cierta día, queriendo los demonios hacerlo reír, pegaron a un madero plumas de un ala, y se lo llevaban, haciendo ruido y diciendo: “hala, hala”. Los vio abba Pambo y rió. Los demonios comenzaron a saltar diciendo: “Ja, ja, se rió abba Pambo”. Mas él les respondió diciendo: “No reí, sino que me burlé de vuestra impotencia, pues sois tantos para llevar un ala”.

775. Abba Teodoro de Fermo rogó a abba Pambo: “Dime una palabra”. Y con mucha dificultad, le dijo: “Teodoro, ve, ten misericordia con todos, pues la misericordia encuentra confianza en la presencia de Dios”.

ABBA PISTO

El apotegma 776 está tomado de las obras del abad Isaías (30, 6A) y en ella la palabra “pistos” no se comprende como nombre propio sino como calificativo de la veracidad y confiabilidad del protagonista. Por ello es probable que nunca haya existido un “abba Pisto”.

776. Contó abba Pisto: “Fuimos siete anacoretas a ver a abba Sisoés, que vivía en Clysma, y le rogamos que dijese una palabra. Y dijo: Perdonadme, pues soy un hombre inculto. Pero una vez fui a ver a abba Or y abba Atre; estuvo enfermo abba Or durante die-

ciocho años. Yo hice la metanía y les rogué que me dijeran una palabra. Y dijo abba Or: ¿Qué tengo para decirte? Ve, y haz lo que veas. Dios es de aquel que se acusa y se hace violencia en todo. Abba Or y abba Atre no eran de la misma región, pero entre ellos reinaba gran paz, hasta su muerte. Era grande la obediencia de abba Atre, y mucha la humildad de abba Or. Pasé unos pocos días con ellos, observándolos. Y vi un gran milagro que hizo abba Atre. Les llevó alguien un pequeño pescado, y quiso abba Atre prepararlo para el anciano. Tenía el cuchillo y estaba cortando el pescado, cuando lo llamó abba Or, y dejó el cuchillo en medio del pescado y no cortó el resto. Admirado por su gran obediencia —pues no dijo: Espera hasta que corte el pescado—, pregunté a abba Atre: ¿Dónde encontraste tanta obediencia? Y me dijo: No es mía, sino del anciano, y me llevó consigo diciendo: Ven, mira su obediencia. Y tomando el pescado voluntariamente lo preparó mal, y lo presentó al anciano. Este lo comió, sin decir nada. Y le dijo: ¿Está bien, anciano? Y le respondió: Está muy bueno. Después le llevó un poco de alimento bien preparado, y le dijo: Se echó a perder, anciano. Y respondió diciendo: Sí, lo has arruinado un poco. Y me dijo abba Atre: ¿Ves que la obediencia es del anciano? Y me alejé de ellos, y traté de practicar de acuerdo a mi posibilidad lo que había visto. Esto dijo a los hermanos abba Sisoos. Uno de nosotros le rogó diciendo: Haznos la caridad, dinos también tú una palabra. Y dijo: El que obtiene mucha sabiduría cumple toda la Escritura. Otro de los nuestros le preguntó entonces: ¿Qué es la peregrinación, padre?, y respondió: Callar, y decir en todo lugar al que llegues, nada tengo aquí. Esta es la peregrinación”.

ABBA PIOR

Según la tradición latina Pior habría vivido en su juventud con san Antonio, estableciéndose después, por consejo de éste, como anacoreta entre Nitria y Escete.

777. Mientras el bienaventurado Pior trabajaba para alguien en la cosecha, se le avisó que tomara su salario, pero él, demorándolo, regresó al monasterio. Al volver el tiempo, fue a cosechar donde el mismo, y trabajaba con ardor; como no le dio nada, retornó a su monasterio. Se cumplió el tercer año, y concluyó el anciano el tra-

bajo acostumbrado, y se retiró sin decir nada. Y el Señor hacía prosperar la casa del hombre, por lo que, tomando el salario, fue por los monasterios buscando al bienaventurado. Apenas lo encontró, se echó a sus pies y le dio el salario, diciendo: “A mí el Señor me lo ha dado”. Mas él mandó que se lo entregaran al presbítero de la Iglesia.

778. Abba Pior comía mientras caminaba. Uno le interrogó diciendo: “¿Por qué comes de esta manera?”. Respondió: “No quiero comer como si se tratara de un trabajo, sino como si fuera algo accesorio”. A otro, que le preguntaba acerca de lo mismo, respondió: “Para que no sienta mi alma, mientras como, el placer corporal”.

779. Hízose una vez en Escete una reunión acerca de un hermano que había pecado. Y los padres hablaban, pero abba Pior callaba. Después, saliendo, llenó de arena un saco, lo cargó sobre sus espaldas y poniendo un poco de arena en una bolsa pequeña, la llevaba delante suyo. Le preguntaron los padres qué significaba esto, y respondió: “Este saco que tiene mucha arena son mis pecados, que son muchos y he echado a mis espaldas para no afligirme ni llorar por ellos. Y este pequeño es el de mi hermano, que tengo delante y me detengo a juzgarlo. No hay que hacer así, sino llevar delante mío los míos, y ocuparme de ellos, y rogar a Dios para que me los perdone”. Los padres se levantaron y dijeron: “Verdaderamente, éste es el camino de la salvación”.

ABBA PITIRION

Según el capítulo 15 de la “Historia de los monjes de Egipto”, Pitirión habría sido discípulo de san Antonio y sucesor de Ammonas a la cabeza de los monjes de Pispir.

780. Dijo abba Pitirión, discípulo de abba Antonio: “El que quiere expulsar a los demonios, primero debe someter las pasiones. Pues el que quiere dominar un vicio, expulsa al demonio de éste. Junto a la ira, dijo, está el demonio: si expulsas la ira, es expulsado su demonio. Del mismo modo ocurre en cada una de las pasiones”.

ABBA PISTAMON

No poseemos datos sobre este abba.

781. Interrogó un hermano a abba Pistamón diciendo: “¿Qué he de hacer, pues me aflijo a causa de la venta de mis trabajos?”. Le respondió el anciano: “También abba Sisoos y los demás vendían el trabajo de sus manos; esto no es peligroso. Mas cuando vendas, di una sola vez el precio de cada objeto, si quieres rebajar algo el precio es cosa tuya. De esta manera encontrarás el descanso”. Dijo después el hermano: “Si de otro modo obtengo lo necesario para mí, ¿quieres que me preocupe todavía por el trabajo manual?”. Y el anciano le respondió: “Aunque tengas lo suficiente no abandones el trabajo manual. Trabaja cuanto puedas, pero que sea sin turbación”.

ABBA PEDRO PIONITA

Vivió en el desierto de las Celdas (Kellia) y quizás fue discípulo de abba Lot en Escete.

782. Decían acerca de abba Pedro Pionita, de las Celdas, que jamás bebía vino. Cuando era anciano, los hermanos le prepararon un poco de vino mezclado con agua, y le rogaban que lo bebiese. El les dijo: “Creedme, esto es para mí como un vino aromatizado”. Y se juzgaba a sí mismo por la bebida.

783. Dijo un hermano a abba Pedro, el discípulo de abba Lot: “Cuando estoy en mi celda, mi alma está en paz; mas si llega un hermano y me habla de las cosas exteriores, mi alma se turba”. Le dijo abba Pedro que abba Lot decía: “Tu llave abre mi puerta”. Preguntó el hermano al anciano: “¿Qué significa esa palabra?”. El anciano respondió: “¿Cuando alguien viene a ti le dices: ¿Cómo estás? ¿De dónde vienes? ¿Cómo están los hermanos? ¿Te han recibido o no?, y después le abres la puerta al hermano, y oyes lo que no quieres?”. El hermano respondió: “Así es. ¿Qué debe hacer el hombre si viene a verlo un hermano?”. El anciano le respondió:

“La compunción es la enseñanza absoluta. Donde no hay compunción no puede uno guardarse”. Dijo el hermano: “Mientras estoy en la celda, está conmigo la compunción; pero si alguien viene a mí o si salgo de la celda, ya no la encuentro”. Le dijo el anciano: “Es porque no se te dio en propiedad, sino en uso. Está escrito en la Ley: Cuando compres un esclavo hebreo te servirá durante seis años, mas el séptimo lo dejarás libre. Si le das mujer para que se case, y tuviere hijos en tu casa, y no quiere alejarse por causa de su mujer e hijos, llévalo a la puerta de la casa, y le perforarás una oreja, y será esclavo para siempre” (Ex. 21, 2. 4-6). El hermano preguntó: “¿Qué significa esa palabra?”. Le respondió el anciano: “Si el hombre se esfuerza en algo, según sus posibilidades, cada vez que lo necesite lo hallará”. Dijo el hermano: “Hazme la caridad de explicarme esta palabra”. El anciano le contestó: “Ni el hijo desnaturalizado permanece en el servicio, ni el hijo legítimo abandona a su padre”.

784. Decían acerca de abba Pedro y abba Epímaco, que eran compañeros en Raithu, que una vez, mientras comían en la iglesia, los quisieron llevar a la mesa de los ancianos. Con mucha dificultad fue abba Pedro, solo. Cuando se levantaron, abba Epímaco le dijo: “¿Cómo has osado ir a la mesa de los ancianos?”. El respondió: “Si me hubiese sentado con vosotros, los hermanos me hubieran rogado que bendijese primero, como más anciano, y estaría como el mayor de entre vosotros. Mas al ir con los Padres era el menor de todos, y el más humilde en el pensamiento”.

785. Dijo abba Pedro: “No hay que enorgullecerse si el Señor hace algo por nuestro medio, sino más bien dar gracias por haber sido encontrado dignos de su llamado”. Decía que conviene pensar de este modo en toda virtud.

ABBA PAFNUCIO

El nombre de Pafnucio es muy común en la literatura monástica antigua. La “Historia lausíaca” conoce dos Pafnucios diferentes; Casiano habla cuatro veces de un Pafnucio monje y sacerdote en Escete; la “Historia de los monjes” menciona un Pafnucio anacoreta en Heraclea. No sabemos a cuál de ellos se refieren los apotegmas que siguen.

786. Dijo abba Pafnucio: “Iba yo una vez de camino, y me perdí a causa de la niebla, y fui a dar cerca de una aldea. Vi allí a unos que vivían de modo inconveniente, y entonces me detuve y oré por mis pecados. Se presentó un ángel, armado con una espada, y me dijo: Pafnucio, todos los que juzgan a sus hermanos mueren con esta espada. Tú, empero, no has juzgado, sino que te humillaste delante de Dios, como si hubieras pecado; por eso tu nombre está escrito en el libro de la vida”.

787. Decían acerca de abba Pafnucio que no bebía vino fácilmente. Yendo una vez de camino se encontró con una banda de ladrones, y éstos estaban bebiendo vino. El jefe de los ladrones lo conocía, y sabía que no bebía vino. Al verlo muy fatigado, tomó una copa de vino y, espada en mano, dijo al anciano: “Si no bebes, te mato”. Conoció el anciano que era voluntad de Dios que lo hiciese, y queriendo ganarse al hombre, tomó la copa y bebió. El jefe de los ladrones se inclinó ante él diciendo: “Perdóname, abba, porque te he apenado”. Y el anciano le respondió: “Confío en Dios que por esta bebida te harán misericordia en esta vida y en la futura”. El brigante dijo: “Confío en Dios que, a partir de este momento, no volveré a obrar mal”. Y el anciano se ganó a toda la banda, renunciando por Dios a su voluntad propia.

788. Dijo abba Pastor que abba Pafnucio había dicho: “Mientras vivieron los ancianos fui a verlos dos veces por mes, aunque yo residía a una distancia de doce millas, y les decía todos los pensamientos, y ellos no me respondían más que esto: A cualquier lugar que vayas, no te midas, y tendrás el descanso”.

789. Con abba Pafnucio vivía en Escete un hermano, el cual era tentado de fornicación, y decía: “Aunque tomase diez mujeres, no saciaría mi deseo”. El anciano lo exhortaba con estas palabras: “No, hijo, es un ataque de los demonios”. Pero no quiso escucharlo, y se marchó a Egipto y se casó. Después de un tiempo, el anciano tuvo que subir a Egipto y se cruzó con él, que llevaba cestos de conchas. El anciano no lo reconoció, pero el otro le dijo: “Yo soy aquel discípulo tuyo”. Cuando el anciano lo vio en ese estado de iniquidad, lloró y dijo: “¿Cómo abandonaste aquel honor y viniste al deshonor presente? ¿Has tomado verdaderamente diez mujeres?”. El respondió gimiendo: “He tomado solo una, y padezco

mucho para darle su pan”. El anciano le dijo: “Vuelve con nosotros”. El contestó: “¿Hay penitencia, abba?”. El anciano dijo: “Sí”. Y dejando todo lo siguió y volvió a Escete, y por esta tentación se convirtió en un monje probado.

790. A un hermano que vivía en el desierto de la Tebaida le vino un pensamiento que le decía: “¿Por qué estás sentado sin dar fruto? Levántate, ve al cenobio y allí darás fruto”. Se levantó y fue adonde estaba abba Pafnucio, y le relató el pensamiento. El anciano le dijo: “Ve, siéntate en tu celda, y haz una oración por la mañana, otra por la tarde y otra por la noche. Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando tengas sueño, duerme; y permanece en el desierto y no obedezcas a este pensamiento”. Fue después a ver a abba Juan, y le contó las palabras que le había dicho abba Pafnucio. Respondió abba Juan: “No hagas ninguna oración con tal que permanezcas en tu celda”. Levantándose, se dirigió al hermano adonde estaba abba Arsenio, a quien refirió todo. El anciano le dijo: “Haz lo que te dijeron los Padres. Yo nada tengo que decirte fuera de ello”. Y se marchó satisfecho.

790 A. (985) Amma Sara mandó decir a abba Pafnucio: “¿Acaso haces la obra de Dios permitiendo que tu hermano sea despreciado?”. Y le respondió abba Pafnucio: “Pafnucio está aquí para hacer la obra de Dios, y nada tiene que ver con persona alguna”.

ABBA PABLO

Hay en los apotegmas muchos monjes de este nombre. El presente, originario del Bajo Egipto y residente en la Tebaida, no debe ser confundido con el Pablo de Tebas, cuya “Vida” escribió san Jerónimo.

791. Un Padre contó acerca de cierto abba Pablo, que era del Bajo Egipto pero vivía en la Tebaida, que tomaba en sus manos los escorpiones y las serpientes, y los partía por el medio. Los hermanos, postrándose ante él, le rogaron: “Dinos con qué haces esto,

para obtener nosotros igual gracia”. El respondió: “Perdonadme, Padres, pero si uno alcanza la pureza, todo le será sometido como lo fue a Adán cuando estaba en el paraíso, antes que transgrediera la ley”.

ABBA PABLO, EL COSMETA

Pablo y Timoteo eran probablemente peluqueros y como los monjes egipcios generalmente llevaban los cabellos cortos, los dos hermanos tenían mucho trabajo.

792. Abba Pablo el cosmeta y Timoteo su hermano vivían en Escete, y muchas veces nacían disputas entre ellos. Dijo abba Pablo: “¿Hasta cuándo hemos de seguir así?”. Le respondió abba Timoteo: “Ten caridad, sopórtame cuando te molesto, y cuando tú me molestes, yo te soportaré”. Y obrando de este modo tuvieron tranquilidad por el resto de sus días.

793. El mismo abba Pablo y Timoteo eran cosmetas (peluqueros, tal vez; N. del T.) en Escete, y los hermanos los molestaban. Dijo Timoteo a su hermano: “¿Por qué seguimos en este oficio? No nos dejan en paz en todo el día”. Y respondió abba Pablo diciéndole: “Nos basta la calma (*hesiquía*) de la noche, si vela el alma”.

ABBA PABLO EL GRANDE

A pesar de este apodo de “el Grande”, nada se sabe de este abba.

794. Dijo abba Pablo el grande, de Galacia: “El monje que tiene en su celda los pequeños objetos que necesita, y sale para ocuparse, es burlado por los demonios; yo mismo, en efecto, lo he sufrido”.

795. Dijo abba Pablo: “Estoy hundido en el fango hasta el cuello, y lloro en la presencia de Dios diciendo: Ten piedad de mí”.

796. Decían acerca de abba Pablo que pasó la Cuaresma con una porción de lentejas y una vasija de agua, y con una sola estera que tejía y destejía, y así estuvo recluido hasta la fiesta (de Pascua).

796 A. (986) Dijo abba Pablo: “Sigue a Jesús”.

ABBA PABLO EL SIMPLE

Tanto la “Historia lausiaca” (cap. 22) como la “Historia de los monjes de Egipto” (cap. 24) nos han transmitido el relato de la conversión de Pablo el Simple, discípulo de san Antonio.

797. El bienaventurado abba Pablo el simple, discípulo de san Antonio, contaba a los Padres este suceso: fue una vez a un monasterio para visitar y edificar a los hermanos, y después del acostumbrado coloquio, entraron en la santa iglesia de Dios para la sinaxis habitual. El bienaventurado Pablo observaba a los que entraban a la iglesia para ver con qué espíritu se acercaban a la sinaxis —pues había recibido del Señor la gracia de ver cómo estaba cada cual en su alma, así como nosotros nos vemos los rostros. Entraron todos con los ojos luminosos y el rostro brillante, y el ángel de cada uno estaba alegre por él. Y dijo: “Mas vi a un negro, con el cuerpo totalmente oscurecido y con demonios a su lado, que lo agarraban y lo atraían hacia ellos y le ponían una argolla en la nariz; su santo ángel lo seguía de lejos, triste y abatido”. Entonces Pablo se puso a llorar, golpeándose el pecho con la mano, y se sentó delante de la iglesia, llorando amargamente por el que había visto de esa manera. Los hermanos, advirtiendo el extraño comportamiento del anciano, el súbito cambio a las lágrimas y la compunción, le pidieron insistentemente que les dijera por qué lloraba, pues pensaban que lo hacía por una falta común. Le pedían también que entrara con ellos a la sinaxis. Pero rechazándolos, Pablo permaneció sentado fuera, lamentándose por el que había visto en ese estado. Poco

tiempo después, concluida la sinaxis, mientras salían todos, miraba otra vez Pablo a cada uno para saber cómo salían. Y vio al hermano aquel, el mismo que tenía antes el cuerpo totalmente ennegrecido y tenebroso, que salía de la iglesia con el rostro luminoso, el cuerpo resplandeciente, y seguido de lejos por los demonios, mientras su santo ángel estaba cerca suyo y se alegraba mucho por él. Pablo entonces exultó de gozo, y se puso a gritar bendiciendo a Dios: “¡Inefable filantropía y bondad de Dios!”. Corrió, y subiéndose a un lugar elevado dijo con voz fuerte: “¡Venid y ved las obras de Dios, cuán temibles y admirables! (Sal. 45, 9). ¡Venid y ved a aquel que quiere salvar a todos los hombres y que lleguen al conocimiento de la verdad! (1 Tim. 2, 4). ¡Venid, adoremos y postrémonos ante él! (Sal. 94, 6), y digamos: Sólo tú puedes quitar los pecados”. Acudieron todos rápidamente para oír lo que decía y cuando estuvieron reunidos, relató Pablo lo que había visto antes de que entraran a la iglesia y lo que vio después, y pidió al hermano aquel que dijera la razón del cambio tan grande que Dios había obrado súbitamente en él. El hombre señalado por Pablo dijo, en presencia de todos, acerca de sí: “Yo soy un hombre pecador, que hasta ahora y desde hace mucho tiempo me he revolcado en la fornicación. Pero hoy, al entrar en la santa iglesia de Dios, escuché la lectura del santo profeta Isaías, o mejor de Dios que habla por él: Lavaos, purificaos, alejad las maldades de vuestro corazón delante de mis ojos, aprended a obrar bien; y aunque vuestros pecados sean como la grana, los blanquearé como la nieve, y si queréis y me escucháis, comeréis lo bueno de la tierra (Is. 1, 16-19). Y yo —continuó el fornicador— conmovido en mi alma por las palabras del profeta, gimiendo en mi interior dije a Dios: Tú eres Dios, y has venido al mundo para salvar a los pecadores; cumple en mí, pecador indigno, esto que has prometido por medio de tu profeta. Desde ahora te prometo, yo me obligo y de corazón te lo juro, que no volveré a cometer ninguna de esas malas acciones, sino que renuncio a toda maldad y desde ahora te he de servir como una conciencia pura. Hoy, oh Señor, y desde esta hora, recíbeme arrepentido y postrado ante ti, y en lo sucesivo me abstendré de pecar. Habiendo hecho estas promesas —dijo— salí de la iglesia, pensando en mi interior nunca más obrar mal ante Dios”. Al oírlo, los demás clamaron a Dios con una sola voz: “¡Qué grandes son tus obras, Señor! ¡Todo lo hiciste con sabiduría!” (Sal. 103, 24). Oh cristianos, conozcamos entonces por las divinas Escrituras y las santas revelaciones cuanta es la bondad de Dios para con los que acuden a él

sinceramente y corrigen en la penitencia sus faltas pasadas. Conozcamos como da otra vez los bienes prometidos, sin exigir satisfacción por los pecados anteriores, y no desesperemos de nuestra salvación. Como lo ha prometido por el profeta Isaías, lava a los que están envueltos en el lodo del pecado, los blanquea como lana y nieve, y los hace dignos de los bienes de la Jerusalén celestial; también, por el santo profeta Ezequiel nos aseguró con juramento que no nos perderá: “Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva” (Ez. 18, 32; 33, 11).

ABBA PEDRO DE DIOS

Dios es Dióspolis. Había dos ciudades de este nombre; en este caso se trata seguramente de Dióspolis la pequeña o Hu, mencionada en los escritos pacomianos. Pedro era sacerdote de los monjes de este lugar.

798. Cuando Pedro, presbítero de Dios, oraba junto a otros, si lo obligaban a ponerse al frente a causa del sacerdocio, se retiraba por humildad hacia atrás, diciendo: “Como está escrito en la vida de abba Antonio”. Y haciéndolo así, no entristecía a nadie.

ABBA PALADIO

Paladio es el autor de la “Historia lausíaca”, en la cual se revela como buen conocedor del mundo de los Padres del desierto.

799. Dijo abba Paladio: “El alma que se esfuerza según Dios, debe aprender fielmente lo que no sabe o enseñar con seguridad lo que sabe. Pero si pudiendo, no quiere hacerlo, está loca. Pues el principio de la apostasía es el desgano por la doctrina y el disgusto por la palabra, de la cual siempre tiene hambre el alma amante de Dios”.

LETRA RHO

UN ABBA DE ROMA

Este abba romano o de Roma era ciertamente Arsenio, como se desprende de la comparación entre el apotegma número 800 y el número 74.

800. Un monje llegado de Roma se instaló en Escete junto a la iglesia. Tenía con él un servidor que lo atendía. Al ver el presbítero su debilidad, y conociendo cuál había sido su vida, le enviaba lo que precisaba de aquello que venía para la iglesia. Vivió veinticinco años en Escete, y fue vidente y muy conocido. Uno de los grandes monjes de Egipto, que había oído hablar de él, fue a verlo pensando que encontraría una vida extraordinaria en apariencia corpórea. Entró y lo saludó, y después de orar, se sentaron. Vio el egipcio que el anciano llevaba vestidos delicados, y tenía una cama con una piel y una pequeña almohada. Sus pies estaban limpios, y calzaba sandalias. Al ver esto se escandalizó, ya que en ese lugar no es costumbre vivir de esa manera, sino más bien se practica la aspereza. Supo el anciano, pues era vidente, que se había escandalizado, y le dijo a su servidor: “Prepáranos hoy una fiesta, por este abba”. Tenía allí unas pocas legumbres y las coció, y cuando fue la hora se levantaron y comieron. Tenía también un poco de vino a causa de la debilidad del anciano, y bebieron. Cuando atardeció rezaron doce salmos, y se acostaron, y durante la noche hicieron lo mismo. Por la mañana se levantó el egipcio y le dijo: “Ruega por mí”, y se marchó sin haber sacado provecho alguno. Poco tiempo después de su partida, queriendo el anciano serle útil lo mandó llamar, y cuando llegó lo recibió nuevamente con alegría y lo interrogó, diciéndole: “¿De qué región eres?”. El respondió: “Soy egipcio”. “¿De qué ciudad?”. Y dijo: “Verdaderamente, no soy de la ciudad”. Le preguntó: “¿Cuál era tu trabajo en la aldea?”. Contestó: “Era guardián”. Le preguntó: “¿Cómo dormías?”. El dijo: “En el campo”. “¿Tenías —interrogó— un lecho para tu cuerpo?”. Contestó: “No, ¿acaso voy a poner una cama en el campo?”. “¿Cómo dormías, entonces?”. El dijo: “En tierra”. Otra vez le preguntó: “¿De qué te alimentabas en el campo y qué bebías?”.

Respondió: “¿Hay acaso alimento y bebida en el campo?”. “¿Cómo vivías entonces?”. Contestó: “Comía pan duro y la poca sal que encontraba, y bebía agua”. Respondiendo, el anciano le dijo: “Es gran trabajo. ¿Había en la aldea baño para lavarse?”. Contestó: “No, cuando quería hacerlo tenía para eso el río”. Cuando el anciano supo todo esto y conoció la aflicción de su vida anterior, queriendo serle útil, le relató su propio modo de vida en el mundo, diciendo: “Yo, el pobre que aquí ves, soy originario de la gran urbe de Roma, y fui grande en el palacio del Emperador”. Al oír el egipcio el comienzo de sus palabras, cayó en la compunción y escuchó atentamente lo que contaba el anciano. Este siguió diciendo: “Dejé la ciudad, y vine a este desierto. Yo, a quien ves aquí, tuve grandes mansiones y muchas riquezas, y despreciando todo aquello me vine a esta pequeña celda. Tuve, yo, a quien ves, lechos de oro con valiosas mantas, y en lugar de ellos me dio Dios esta cama y la piel; mis vestidos eran muy ricos, y en su lugar uso estas pobres ropas. También en mis comidas había un gasto enorme, y en lugar de él me dio Dios este plato de legumbres y este pequeño vaso de vino. Tenía muchos servidores que me atendían, y en su lugar Dios inspiró a este anciano para que me asistiera. En vez de baño, echo un poco de agua sobre mis pies, y uso sandalias a causa de mi enfermedad. Igualmente en lugar de las músicas y cítaras, digo los doce salmos. Por las noches, por los pecados que cometía, hago con calma mi pequeña liturgia. Te ruego, entonces, abba, que no te escandalices por mi debilidad”. El egipcio, al oír todo esto, volviendo en sí dijo: “¡Pobre de mí, que he venido de las grandes aflicciones del mundo al descanso, donde lo que no tenía entonces, lo tengo ahora! Mas tú has venido del descanso a la aflicción, y de la gloria y la riqueza a la humildad y pobreza”. Se retiró con mucho provecho y se hizo amigo suyo, y muchas veces lo visitaba para edificarse. Era, en efecto, un varón discretísimo y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

800 A. Dijo el mismo que un anciano tenía un buen discípulo. En un acceso de mal humor lo expulsó con su melota, pero el hermano permaneció sentado afuera de la celda. Cuando el anciano abrió, lo encontró sentado, y haciéndole una metanía le dijo: “Padre, la humildad de tu paciencia ha vencido mi estrechez de espíritu. Entra, y desde este momento tú serás el anciano y padre, y yo el joven y discípulo”.

ABBA RUFO

Los dos apotegmas que siguen no nos proporcionan mayores datos sobre Rufo, pero son muy importantes desde el punto de vista de la doctrina sobre la vida solitaria y la obediencia.

801. Interrogó un hermano a abba Rufo: “¿Qué es la hesiquía, y para qué sirve?”. El anciano le respondió: “Es hesiquía permanecer en la celda con temor y conocimiento de Dios, absteniéndose del recuerdo de las ofensas y de la elevación del alma. La hesiquía es la madre de todas las virtudes, guarda al monje de las flechas ardientes del enemigo y no permite que sea herido por ellas. Así pues, hermano, poséela, recordando tu muerte, pues no sabes a qué hora vendrá el ladrón. En fin, vive atento sobre tu alma”.

802. Dijo abba Rufo: “El que permanece en la obediencia al padre espiritual tiene mayor premio que el que se retira al desierto por propia voluntad”. Refirió también lo que había contado uno de los Padres: “Vi cuatro órdenes en el cielo: el primer orden, el hombre enfermo que da gracias a Dios; el segundo el que practica la hospitalidad y en ella permanece sirviendo; el tercer orden: el que vive en el desierto y no ve hombre alguno; el cuarto orden: el que permanece en la obediencia al padre y se somete a él por el Señor. Y el obediente llevaba un collar de oro y un escudo, y tenía más gloria que los demás. Dije al que me guiaba —contaba él—: ¿Por qué este, que es el menor, tiene más gloria que los demás? El me respondió diciendo: Porque el que practica la hospitalidad, hace su voluntad, y el que se va al desierto, lo hace por su voluntad, mientras que éste tiene la obediencia. Habiendo abandonado todas sus voluntades, depende de Dios y de su padre. Recibe por eso mayor gloria que los demás. Es por eso, hijo, que es buena la obediencia que se asume por el Señor. Vosotros habéis recibido, hijos, los primeros elementos de esa virtud. ¡Oh obediencia, que salvas a todos los fieles! ¡Oh obediencia, que engendras todas las virtudes! ¡Oh obediencia, que descubres el reino! ¡Oh obediencia, que abres los cielos y elevas a los hombres sobre la tierra! ¡Oh obediencia, alimento de los santos todos, amamantados por ella y por ella misma hechos perfectos! ¡Oh obediencia, compañera de los ángeles!”.

ABBA ROMAN

No sabemos nada más de Román o Romano.

803. Estaba abba Román próximo a la muerte y se reunieron en torno suyo los discípulos, que le preguntaron: “¿Cómo tenemos que dirigirnos?”. El anciano respondió: “No recuerdo haber ordenado jamás a uno de vosotros que hiciera algo, sin establecer primero en mi interior que no me enojaría si no hacía lo mandado. De este modo vivimos en paz durante el tiempo que estuvimos juntos”.

LETRA SIGMA

ABBA SISOES

Sisoés de Escete, de Clysma o el Tebano, dejó ciertamente un recuerdo imborrable en los ambientes monásticos de Egipto, como lo muestra la cincuentena de apotegmas atribuidos a él, a los que hay que agregar los siete de Titoés (deformación del nombre de Sisoés). Recibió su formación de abba Or y después de la muerte de san Antonio se estableció en la ermita de éste, junto con su discípulo Abraham, viviendo muchos años en el lugar santificado por el Padre de los monjes. Desde su ermita estaba siempre en contacto con los centros monásticos de Pispir, Raithu (Sinaí) y Clysma.

804. Un hermano, que había sido ofendido por otro hermano, fue a ver a abba Sisoés y le dijo: “He sido ofendido por un hermano, y quiero vengarme”. El anciano lo exhortaba diciendo: “No, hijo, deja más bien la venganza a Dios”. El insistía: “No descansaré hasta que no me haya vengado”. Le dijo el anciano: “Oremos, hermano”. Y levantándose el anciano dijo: “Oh Dios, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, pues nosotros mismos hacemos justicia”. Al oír esto, el hermano se echó a los pies del anciano diciendo: “Ya no buscaré vengarme de mi hermano; perdóname, abba”.

805. Interrogó un hermano a abba Sisoés diciendo: “¿Qué debo hacer? Voy a la iglesia, donde celebran a menudo el ágape, y me retienen”. El anciano le contestó: “Es cosa difícil”. Entonces, su discípulo Abraham le preguntó: “Si la reunión se celebra un sábado o domingo, y el hermano bebe tres copas, ¿no es mucho?”. Le respondió el anciano: “No sería mucho si satanás no existiera”.

806. El discípulo de abba Sisoés le dijo: “Padre, ya estás viejo, vámonos cerca de tierras pobladas”. Le respondió el anciano: “Vayamos adonde no haya mujeres”. Le dijo su discípulo: “¿En qué lugar no hay mujeres, fuera del desierto?”. Contestó el anciano: “Entonces, llévame al desierto”.

807. Muchas veces decía el discípulo de abba Sisoés: “Abba, levántate y come”. El le respondía: “¿No hemos comido, hijo?”. El contestaba: “No, padre”. Decía entonces el anciano: “Si no hemos comido, trae pues, y comamos”.

808. Abba Sisoés habló una vez con libertad, y dijo: “Ten confianza; desde hace treinta años ya no pido a Dios por el pecado, sino que ruego así: Señor Jesús, protégeme de mi lengua. Y hasta ahora caigo cada día por ella, y peco”.

809. Un hermano preguntó a abba Sisoés: “¿Por qué las pasiones no se retiran de mí?”. Le contestó el anciano: “Tienen su capital depositado en tu interior; devuélveles sus arras, y se retirarán”.

810. Cuando abba Sisoés vivía en la montaña de abba Antonio, se demoró en ir hasta él su servidor, y no vio hombre alguno durante diez meses. Caminando por la montaña encontró un hombre de Farán que estaba cazando animales salvajes, y el anciano le dijo: “¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El respondió: “En realidad, abba, ya llevo once meses en este monte, y no he visto hombre alguno fuera de ti”. Oyólo el anciano, y mientras entraba en su celda se golpeaba el pecho diciendo: “¡Ah Sisoés! Creías haber hecho algo, y no has llegado todavía a lo que llegó este seglar”.

811. Se celebraba la ofrenda en la montaña de abba Antonio, y había allí un pequeño odre de vino. Tomando uno de los ancianos un jarro y una copa, se lo ofreció a abba Sisoés, quien lo bebió. Lo mismo hizo por segunda vez, y lo aceptó. Se lo ofreció por tercera vez, mas no lo tomó, diciendo: “Deténte, hermano, ¿no sabes acaso que es satanás?”.

812. Un hermano visitó a abba Sisoés en la montaña de abba Antonio, y conversando con él le dijo: “¿No has llegado aún, padre, a la medida de abba Antonio?”. Le respondió el anciano: “Si tuviese uno solo de los pensamientos de abba Antonio, me volvería todo como de fuego; pero conozco un hombre que, con esfuerzo, puede sobrellevar su pensamiento”.

813. Se presentó cierta vez un tebeo a abba Sisoës, pues quería hacerse monje. El anciano le preguntó si tenía en el mundo algo propio. El respondió: “Tengo un hijo”. El anciano le dijo: “Ve, tíralo al río, y entonces serás monje”. Cuando iba ya a tirarlo, el anciano mandó un hermano para impedirselo. El hermano le dijo: “Detén-te, ¿qué haces?”. El contestó: “El abba me dijo que lo tirase”. Le replicó el hermano: “Pero ahora dice que no lo tires”. Y abandonándolo, fue adonde estaba el anciano, y llegó a ser un monje probado por su obediencia.

814. Un hermano preguntó a abba Sisoës diciendo: “¿De qué modo persiguió satanás a los ancianos?”. Le contestó el anciano: “Ahora es peor, porque se acerca su tiempo y está turbado”.

815. Una vez fue tentado por el demonio el discípulo de abba Sisoës, Abraham; supo el anciano que había caído, y levantándose alzó las manos hacia el cielo, diciendo: “Oh Dios, lo quieras o no, no te dejaré hasta que lo cures”. Y en seguida fue curado.

816. Interrogó un hermano a abba Sisoës diciendo: “Veo que la memoria de Dios permanece en mí”. Le respondió el anciano: “No es gran cosa que tu pensamiento permanezca con Dios. Pero es cosa grande que te veas a ti mismo por debajo de toda criatura. Esto, unido al trabajo corporal, conduce a la humildad”.

817. Se contaba acerca de abba Sisoës que cuando estaba cercano su fin se encontraban los Padres junto a él, y se puso su rostro resplandeciente como el sol. El les dijo: “Aquí viene abba Antonio”. Y poco después dijo: “Aquí viene el coro de los profetas”. Brilló todavía más su rostro, y dijo: “Ahora viene el coro de los apóstoles”. Duplicóse el resplandor de su rostro, y se le vio como hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: “¿Con quién hablas, Padre?”. El dijo: “Los ángeles vienen a buscarme, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Los ancianos le respondieron: “No necesitas hacer penitencia, Padre”. El anciano les dijo: “En verdad, no sé si he empezado a hacerla”. Y todos supieron que era perfecto. Su rostro se puso repentinamente brillante como el sol, y temieron todos. Y él les dijo: “Ved, ya viene el Señor, y dice: Traedme la copa del desierto”. En segui-

da entregó su espíritu, y hubo como un relámpago y la habitación se llenó de buen olor.

818. Fue abba Adelfio, obispo de Nilópolis, a visitar a abba Sisoës en la montaña de abba Antonio. Cuando estaban por salir, antes de ponerse en camino, les hizo comer al amanecer. Era día de ayuno. Mientras preparaban la mesa, llaman unos hermanos. Dice él a su discípulo: “Dales algo de comer, pues están cansados”. Abba Adelfio le dijo: “Déjalo, para que no digan que abba Sisoës come desde el amanecer”. El anciano lo miró, y dijo al hermano: “Ve, dales”. Cuando los hermanos vieron el alimento dijeron: “¿Tienes huéspedes? ¿Acaso el anciano come con vosotros?”. El hermano replicó: “Sí”. Comenzaron ellos a afligirse, y decían: “Que Dios os perdone, porque habéis dejado comer ahora al anciano. ¿No sabíais acaso que durante muchos días se va a mortificar por esto?”. Lo oyó el obispo, y haciendo una metanía al anciano, dijo: “Perdóname, abba, porque pensé humanamente. Tú hiciste lo que es de Dios”. Abba Sisoës le dijo: “Si Dios no glorifica al hombre, es nada la gloria del hombre”.

819. Fueron unos hermanos a visitar a abba Sisoës para escuchar una palabra suya, y el anciano no les habló. Todo el tiempo decía: “Perdón”. Al ver los canastos, le preguntaron a su discípulo Abraham: “¿Qué hacéis con estos canastos?”. El contestó: “Los vendemos por aquí y por allá”. Lo oyó el anciano, y dijo: “También Sisoës come por aquí y por allá”. Lo oyeron y sacaron mucho provecho, y se marcharon con alegría, edificados por su humildad.

820. Abba Amón de Raithu, preguntó a abba Sisoës: “Cuando leo la Escritura, mi pensamiento quiere atender a la palabra para tener respuesta cuando me interrogan”. Le contestó el anciano: “No es necesario; procúrate más bien, por la pureza de espíritu, estar sin preocupación, y habla”.

821. Un seglar iba con su hijo a ver a abba Sisoës en la montaña de abba Antonio. En el camino murió su hijo, y no se turbó, sino que lo llevó hasta donde estaba el anciano. Con fe, se postró con su hijo como quien hace una metanía, para recibir la bendición del anciano. Al levantarse, el padre dejó al niño a los pies del anciano

y se retiró. El anciano, pensando que estaba haciendo la metanía ante él, le dijo: “Levántate, sal fuera”, pues no sabía que había muerto. Y él se levantó en seguida, y salió. Su padre se maravilló al verlo y, entrando, se postró ante el anciano y le anunció lo sucedido. El anciano, al oírlo, se entristeció, pues no quería que esto ocurriese. Su discípulo previno al padre del niño que no lo dijera a nadie hasta la muerte del anciano.

822. Tres ancianos fueron adonde estaba abba Sisoës, porque habían oído hablar de él. El primero le dijo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del río de fuego?”. Pero no le respondió. Le dijo el segundo: “Padre, ¿cómo podré salvarme del rechinar de dientes y del gusano que no perece?”. El tercero le dijo: “Padre, ¿qué haré pues el recuerdo de las tinieblas exteriores me mata?”. El anciano le contestó diciendo: “Yo no me acuerdo de nada de eso. Dios es misericordioso y espero que tenga misericordia de mí”. Al oír esta palabra, los ancianos se retiraron tristes. Pero el anciano no quiso dejarlos partir afligidos, y llamándolos de vuelta les dijo: “¡Bienaventurados sois hermanos! Os tengo envidia. El primero de vosotros habló del río de fuego, el segundo habló del tártaro y el tercero de las tinieblas. Si vuestro espíritu tiene este recuerdo en su poder, es imposible que pequéis. ¿Qué haré yo, duro de corazón, a quien no se le concedió siquiera saber si hay un castigo para los hombres, y por eso peco a toda hora?”. Ellos, haciendo la metanía, dijeron: “Es tal como lo habíamos oído”.

823. Preguntaron a abba Sisoës: “Si un hermano peca, ¿necesita hacer penitencia durante un año?”. El respondió: “Es dura esta palabra”. Le preguntaron: “¿Por seis meses?”. Respondió él: “Es mucho”. Ellos dijeron: “¿Hasta cuarenta días?”. Contestó otra vez: “Es mucho”. Ellos preguntaron: “Entonces, si un hermano peca y en seguida se celebra un ágape, ¿también él debe asistir al ágape?”. Dijo entonces el anciano: “¡No! Es preciso hacer penitencia por unos pocos días. Pues confío en Dios que si uno hace penitencia con toda el alma, a los tres días ya lo recibe Dios”.

824. Cuando abba Sisoës estaba en Clysma acudieron unos seglares para verlo. Ellos le hablaban, pero él no les respondía ni una palabra. Al fin, uno de ellos dijo: “¿Para qué molestáis al anciano? No come, por eso no puede hablar”. El anciano replicó: “Yo como cuando tengo necesidad”.

825. Abba José interrogó a abba Sisoés: “¿Durante cuánto tiempo debe el hombre cortar con las pasiones?”. Le contestó el anciano: “¿Quieres saber cuánto tiempo?”. Abba José dijo: “Sí”. El anciano replicó: “Cada vez que llega la pasión debes cortarla en seguida”.

826. Un hermano preguntó a abba Sisoés, el de Petra, acerca de la vida monástica. Le respondió el anciano: “Dijo Daniel: No he comido el pan de los deseos” (Dn. 10, 3).

827. Se contaba de abba Sisoés que cuando permanecía en su celda, cerraba siempre la puerta.

828. Unos arrianos fueron a ver a abba Sisoés en la montaña de abba Antonio, y comenzaron a hablar contra los ortodoxos. El anciano no les respondió, pero llamando a su discípulo le dijo: “Abraham, trae el libro del bienaventurado Atanasio, y léelo”. Y ellos se callaron, y fue conocida su herejía. El los despidió en paz.

829. Abba Amún de Raithu fue a Clysma a visitar a abba Sisoés. Al verlo afligido porque había abandonado el desierto, le dijo: “¿Por qué te afliges, abba? ¿Qué podías ya hacer en el desierto?”. Mirándolo fijamente, el anciano le contestó: “¿Qué me estás diciendo, Amún? ¿No me bastaba acaso en el desierto con la libertad del espíritu?”.

830. Estaba sentado abba Sisoés en su celda, y su discípulo llamó. El anciano gritó, diciendo: “¡Huye, Abraham, no entres! Ya no tengo tiempo para las cosas de aquí”.

831. Un hermano interrogó a abba Sisoés: “¿Por qué dejaste Escete, donde vivías junto a abba Or, y viniste a habitar aquí?”. El anciano le contestó: “Cuando Escete comenzó a poblarse, oí yo que había muerto abba Antonio, me levanté y vine a la montaña, y encontré que el lugar era calmo, entonces he permanecido en él por un poco de tiempo”. El hermano le preguntó: “¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. El anciano le contestó: “Setenta y dos años”.

832. Dijo abba Sisoés: “Si hay un hombre que te atiende, no le des órdenes”.

833. Preguntó un hermano a abba Sisoés: “Si vamos de viaje, y nuestro guía se pierde, ¿debemos decírselo?” El anciano le contestó: “No”. El hermano dijo: “Pero, ¿tenemos que permitirle que nos haga extraviar?”. El anciano le contestó: “¿Qué harías, pues? ¿Tomarás un bastón para golpearlo? Sé de unos hermanos que estaban de viaje, y su guía se perdió durante la noche. Eran doce, y todos se daban cuenta que estaba perdido, y combatió cada cual consigo mismo para no decirlo. Cuando se hizo de día supo el guía que se había perdido, y les dijo: Perdonadme, porque me he perdido. Y todos le respondieron: También nosotros lo sabíamos, pero callamos. Al oírlo, se admiró y dijo: Hasta la muerte se abstienen de hablar los hermanos. Y dio gloria a Dios. La distancia que se habían apartado del camino era de doce millas”.

834. Vinieron un día los sarracenos y despojaron al anciano y a su hermano. Fueron ellos al desierto buscando algo para comer, y el anciano encontró estiércol de camello, y abriéndolo halló granos de cebada. Comió un grano y puso el otro en su mano. Llegó su hermano, y lo encontró comiendo, y le dijo: “¿Es esta caridad, que encuentras alimento y comes solo, y no me llamas?”. Le respondió abba Sisoés: “No te hago injusticia, hermano: mira tu parte que guardaba en mi mano”.

835. Se cuenta de abba Sisoés el tebeo que cuando vivía en Calamón de Arsinoe, un anciano se encontraba enfermo en otra laura. Cuando él lo supo, se entristeció. Ayunaba día por medio, y ese era el día que no comía. Lo consideró, y dijo a su pensamiento: “¿Qué haré? Si voy, ¿no me obligarán los hermanos a comer? Y si espero hasta mañana, ¿no moriré? Haré de este modo: Iré, pero no comeré”. Y así fue, en ayunas, y cumplió el mandato de Dios sin faltar a su propósito de vida según Dios.

836. Contaba uno de los Padres acerca de abba Sisoés de Calamón, que para vencer el sueño se suspendió en el precipicio de Petra. Y un ángel vino y lo desató, y le amonestó que no lo hiciera, para no dejar a otros una enseñanza semejante.

837. Un padre interrogó a abba Sisoés diciendo: “Si mientras estoy en el desierto viene un bárbaro, queriendo matarme, y consigo dominarlo, ¿debo matarlo?”. Le respondió el anciano: “No.

Mas bien entrégalo a Dios. En cualquier prueba que llega al hombre, di: Esto sucede por mis pecados. Si se trata de algo bueno, di: Es por la providencia de Dios”.

838. Un hermano pidió a abba Sisoes el tebeo: “Dime una palabra”. Le respondió: “¿Qué diré? Leo el Nuevo Testamento, y me vuelvo al Antiguo”.

839. El mismo hermano preguntó a abba Sisoes de Petra acerca de la palabra que había dicho Sisoes el tebeo. Y el anciano respondió: “Yo me duermo en el pecado, y me despierto en el pecado”.

840. Contaban de abba Sisoes el tebeo que, cuando despedían a la asamblea, huía a su celda. Y decían: “Tiene un demonio”. Pero él hacía la obra de Dios.

841. Preguntó un hermano a abba Sisoes, diciendo: “¿Qué haré, abba, pues he caído?”. Le contestó el anciano: “Levántate de nuevo”. Dijo el hermano: “Me levanté, pero caí otra vez”. Le replicó el anciano: “Levántate una y otra vez”. Le dijo entonces el hermano: “¿Hasta cuándo?”. El anciano contestó: “Hasta que seas tomado, ya sea en el bien, ya sea en el crimen; pues el hombre se presentará al juicio en aquello en que sea encontrado”.

842. Un hermano interrogó a un anciano, diciendo: “¿Qué haré? Me entristezco a causa del trabajo manual: me gusta trenzar, pero no puedo trabajar en ello”. Le respondió el anciano: “Abba Sisoes dijo que no hay que hacer un trabajo que nos agrade”.

843. Dijo abba Sisoes: “Busca a Dios, pero no busques dónde habita”.

844. Dijo también: “La vergüenza y la falta de reverencia traen muchas veces el pecado”.

845. Preguntó un hermano a abba Sisoes, diciendo: “¿Qué debo hacer?”. Le contestó: “La obra que buscas es un gran silencio y la humildad. Pues está escrito: Bienaventurados los que permanecen en él (Is. 30, 18). Y así podrás permanecer en ello”.

846. Dijo abba Sisoës: “Sé despreciado, echa atrás tuyo la voluntad propia, y alcanzarás la despreocupación y tendrás el descanso”.

847. Un hermano preguntó a abba Sisoës: “¿Qué debo hacer a causa de las pasiones?”. Le contestó el anciano: “Cada uno es tentado por su concupiscencia” (Sant. 1, 16).

848. Pidió un hermano a abba Sisoës: “Dime una palabra”. El respondió: “¿Por qué me haces hablar inútilmente? Haz lo que veas”.

849. Abba Abraham, el discípulo de abba Sisoës, se fue para realizar un servicio, y durante muchos días no quiso el anciano ser atendido por otro, diciendo: “¿Permitiré acaso que otro hombre adquiera familiaridad conmigo, fuera de mi hermano?”. Y no lo consintió, sino que soportó el trabajo hasta que regresó su discípulo.

850. Cuentan de abba Sisoës que estaba sentado, y gritó con voz fuerte: “¡Oh, desgracia!”. Le preguntó su discípulo: “¿Qué tienes, padre?”. El anciano respondió: “Busco un hombre con quien hablar, y no lo encuentro”.

851. Fue una vez abba Sisoës desde la montaña de abba Antonio a la montaña exterior de la Tebaida, y vivía allí. Había melecianos en ese lugar, que habitaban en Calamón de Arsinoe. Oyeron algunos hermanos que había ido a la montaña exterior, y deseaban verlo, pero decían: “¿Qué haremos?, pues hay melecianos en la montaña. Sabemos que el anciano no sufre daño alguno por ello, pero nosotros tememos que, por visitar al anciano, caigamos en la tentación de la herejía”. Y para no acercarse a los herejes, no fueron a ver al anciano.

852. Contaban que abba Sisoës cayó enfermo. Los ancianos estaban sentados junto a él, y él estaba como hablando con alguien. Le preguntaron: “¿Qué ves, abba?”. El les respondió: “Veo a unos que vienen por mí, y les pido que me dejen hacer un poco de penitencia”. Uno de los ancianos le dijo: “Si te dejara, ¿puedes to-

davía hacer penitencia útilmente?”. El anciano le contestó: “Aunque no pueda, gimo un poco sobre mi alma, y eso me basta”.

853. Cuentan acerca de abba Sisoës que cuando fue a Clysmá, se enfermó y permanecía con él su discípulo en la celda. Se oyó entonces un golpe en la puerta. El anciano comprendió, y dijo a su discípulo: “Di al que llama. Yo, Sisoës, en la montaña; yo, Sisoës, en la estera”. Y el otro, al oírlo, desapareció.

854. Abba Sisoës el tebeo dijo a su discípulo: “Dime lo que ves en mí, y yo te diré lo que veo en ti”. El discípulo le dijo: “Tú eres bueno en tu espíritu, pero un poco duro”. Le replicó el anciano: “Tú eres bueno, pero algo flojo de espíritu”.

855. Decían que abba Sisoës el tebeo no comía pan, y en la fiesta de Pascua los hermanos le hicieron una metanía, rogándole que comiera con ellos. Les respondió diciendo: “Haré una de estas dos cosas: o como pan o las cosas que habéis preparado”. Ellos le rogaron: “Come solamente pan”. Y así lo hizo.

855 A. (987) Si alguien interrogaba a abba Sisoës acerca de abba Pambo, decía: “Pambo era muy grande en sus obras”.

855 B. (988) Dijo abba Sisoës a un hermano: “¿Cómo estás?”. Le respondió: “Pierdo el día, padre”. Y el anciano le dijo: “Cuando yo pierdo el día, doy gracias”.

ABBA SILVANO

Silvano era palestino de origen. En Escete estaba al frente de un grupo de doce discípulos, entre los que descollaba Marcos el Calígrafo (cfr. apotegmas nn. 526-530). Hacia el 380 se cambió al Sinaí y después se estableció cerca de Gaza, formando con sus discípulos una laura. Silvano murió alrededor del año 414 y fue sucedido por su discípulo Zacarías.

856. Fueron una vez abba Silvano y su discípulo Zacarías a un monasterio, y en él les hicieron comer algo antes de marcharse.

Cuando ya habían salido, el discípulo encontró agua en el camino, y quiso beber. El anciano le dijo: “Zacarías, hoy es día de ayuno”. El respondió: “¿No hemos comido acaso, Padre?”. Le replicó el anciano: “Aquella comida fue por caridad, mas nosotros, hijo, guardemos nuestro ayuno”.

857. Estando el mismo una vez con los hermanos, entró en éxtasis y cayó sobre su rostro, y sólo después de mucho tiempo se levantó, llorando. Le rogaban los hermanos, diciendo: “¿Padre, qué tienes?”. Mas él, llorando, no respondía. Cuando pudieron hacerle hablar, dijo: “Fui arrebatado al juicio, y vi a muchos de los nuestros que iban al castigo, y muchos seglares que iban al reino”. Lloraba el anciano, y no quería salir de su celda. Si lo obligaban a salir, cubría su rostro con el capuchón diciendo: “¿Para qué quiero ver esta luz temporal, que no sirve para nada?”.

858. Otra vez entró su discípulo Zacarías y lo encontró en éxtasis, con sus manos extendidas hacia el cielo. Entonces salió y cerró la puerta. Volvió a la ora sexta y a la hora novena, y lo encontró de la misma manera. Alrededor de la décima hora llamó y, entrando, lo encontró en la hesiquía, y le dijo: “¿Qué tienes hoy, Padre?”. El respondió: “Hoy estuve enfermo, hijo”. Mas él, tomando sus pies, le dijo: “No te dejaré hasta que no me digas lo que has visto”. El anciano le dijo: “Hoy fui arrebatado hasta el cielo, y vi la gloria de Dios, y allí estuve hasta este momento, y ahora he sido despedido”.

859. Cuando abba Silvano vivía en el monte Sinaí, su discípulo Zacarías tuvo que salir para un servicio, y dijo al anciano: “Suelta el agua y riega el huerto”. El anciano salió y se cubrió los ojos con el capuchón, y solamente veía sus pies. Llegó en ese momento un hermano, y mirándolo de lejos consideraba lo que hacía. Entró el hermano adonde él estaba y le dijo: “Dime, abba, ¿por qué te tapabas la cara con el capuchón cuando regabas el jardín?”. Le contestó el anciano: “Hijo, para que mis ojos no vieran los árboles, y se apartara mi mente de su trabajo a causa de ellos”.

860. Un hermano fue a visitar a abba Silvano en el monte Sinaí. Vio a los hermanos que trabajaban, y dijo al anciano: “No trabajéis por el alimento que perece (Jn. 6, 27); María eligió la mejor

parte” (Lc. 10, 42). El anciano ordenó a su discípulo: “Zacarías, dale un libro a este hermano, y acompáñalo a una celda donde no hay nada”. Cuando llegó la hora novena, miraba por la puerta por si lo llamaban para comer. Como nadie lo llamó, se levantó y fue hasta el anciano y le dijo: “¿No comen hoy los hermanos, abba?”. El anciano le contestó: “Sí”. El dijo: “¿Por qué no me llamas- teis?”. Le respondió el anciano: “Porque eres hombre espiritual y no necesitas este alimento. Nosotros, que somos carnales, quere- mos comer, y para eso trabajamos. Tú, en cambio, has elegido la mejor parte, leyendo todo el día, y no quieres comer el alimento carnal”. Al oír esto hizo una metanía, diciendo: “Perdóname, abba”. Le contestó el anciano: “Realmente, María necesita a Marta, pues fue por Marta que se elogió a María”.

861. Preguntaron a abba Silvano: “¿En qué práctica te has ejercitado, Padre, para adquirir semejante prudencia?”. Y respon- dió: “Nunca permití que viniera a mi corazón un pensamiento que irritara a Dios”.

862. Se cuenta de abba Silvano que permanecía sentado en su celda, en lo oculto, y tenía unas habas pequeñas y con ellas traba- jaba, e hizo cien cribas. Y llegó un hombre desde Egipto, con un asno cargado de panes, y llamando a su celda, se los dejó. Enton- ces, el anciano tomó las cribas, cargó el asno y lo despidió.

863. De abba Silvano se cuenta que, una vez, su discípulo Zacarías salió sin él, y tomando a los hermanos derribó el cerco del huerto y lo agrandó. Cuando el anciano lo supo, tomó su melota y salió, y dijo a los hermanos: “Rogad por mí”. Ellos, al verlo, se echaron a sus pies diciendo: “Dinos qué tienes, Padre”. Les res- pondió: “No entraré ni me quitaré la melota si no volvéis el cerco al lugar en que estaba”. Ellos destruyeron en seguida el cerco, y lo rehicieron donde estaba antes. Y así el anciano regresó a su celda.

864. Dijo abba Silvano: “Yo soy un esclavo, y mi señor me dice: Haz mi trabajo y yo te alimentaré, y no busques saber de dónde: si tengo, si robo, si pido prestado; tú no te preocupes, trabaja tan só- lo, y yo te alimentaré. Yo, pues, si trabajo, como de mi salario; pe- ro si no trabajo, como de la caridad”.

865. Dijo también: “¡Ay del hombre cuyo renombre es mayor que su esfuerzo!”.

866. Preguntó abba Moisés a abba Silvano: “¿Puede el hombre comenzar cada día?”. Le respondió el anciano: “Si es laborioso, puede comenzar a cada hora”.

867. Dijo un Padre que encontró alguien a abba Silvano, y vio su rostro y su cuerpo brillantes como los de un ángel, y cayó con la frente en la tierra. Dijo también que otros obtuvieron igual gracia.

867 A. (989) Decían de él que se marchó a Palestina y construyó una celda junto a un río, y allí permaneció el resto de su vida, como en Escete.

ABBA SIMON

A juzgar por los dos apotegmas que se le atribuyen, y el número 711, de Pastor, que también se refiere a Simón, este abba tenía un gran aprecio por la vida oculta en la celda.

868. Un funcionario fue a visitar a abba Simón. Lo oyó éste, y cubriéndose con un paño sostenido en la cintura, se subió a una palmera para limpiarla. Los que llegaban, le gritaron: “Anciano, ¿dónde está el anacoreta?”. El contestó: “Aquí no hay ningún anacoreta”. Y al oírlo, se volvieron.

869. En otra oportunidad, fue otro arconte (funcionario) para verlo. Se adelantaron los clérigos y le dijeron: “Abba prepárate, pues el arconte ha oído hablar de ti y viene para que lo bendigas”. El dijo: “Está bien, me prepararé”. Vestió un hábito grosero, y tomando pan y queso en sus manos, se levantó, se sentó a la entrada y se puso a comer. Llegó el arconte con sus oficiales y, al verlo, lo despreciaron diciendo: “¿Es éste el anacoreta de quien habíamos oído hablar?”. Y en seguida regresaron.

ABBA SOPATRO

El abba es para nosotros un desconocido, pero su alusión a las controversias antropomorfitas, lo sitúan en el Bajo Egipto de fines del siglo IV.

870. Pidió uno a abba Sopatro: “Dame un mandato, abba, y lo guardaré”. El le dijo: “No entre mujer en tu celda y no leas a los apócrifos; no especules acerca de la imagen (¿humana de Dios?). Esto no es herejía, sino ignorancia y gusto por la disputa en ambos partidos, pues es imposible que la criatura lo comprenda”.

ABBA SARMATAS

No sabemos si este Sarmatas es uno de los discípulos mencionados en la “Vida de san Antonio” y que según san Jerónimo habría sido muerto por los bárbaros cuando éstos, en 357, destruyeron la ermita de Antonio.

871. Dijo abba Sarmatas: “Prefiero el hombre pecador, que sabe que ha pecado y hace penitencia, al hombre que no pecó, y se tiene a sí mismo por justo”.

872. Decían acerca de abba Sarmatas que, siguiendo el consejo de abba Pastor, se retiraba muchas veces durante cuarenta días a la soledad, y cumplía esos días como si nada fuese. Abba Pastor lo visitó y le preguntó: “Dime, ¿qué cosas ves para sostener semejante esfuerzo?”. El le contestó: “Nada de especial”. Le dijo entonces abba Pastor: “No te dejaré hasta que me lo digas”. El respondió: “Una sola cosa he encontrado: si le digo al sueño, vete, se va; si le digo: ven, viene”.

873. Un hermano interrogó a abba Sarmatas, diciendo: “Los pensamientos me sugieren: no trabajes, sino come, bebe, duerme”. El anciano le contestó: “Cuando tengas hambre, come; cuando tengas sed, bebe; cuando sientas sueño, duerme”. Pero otro ancia-

no llegó oportunamente al lugar donde estaba el hermano, y éste le relató lo que había dicho abba Sarmatas. El anciano le dijo: “Esto es lo que te dijo abba Sarmatas: Cuando tengas mucha hambre y tanta sed que ya no soportes más, come, entonces, y bebe; y cuando hayas velado mucho y tengas sueño, duerme. Esto es lo que te dijo el anciano”.

874. Dijo el mismo hermano a abba Sarmatas: “Los pensamientos me dicen: Vete fuera, y visita a los hermanos”. Le dijo el anciano: “No los escuches, sino diles: Ya os presté oídos antes, pero en esto no puedo escucharos”.

874 A. (990) Dijo también: “Si el hombre no huye cuanto puede y no vigila, hace inevitable el pecado”.

ABBA SERAPION

Tanto la “Historia lausiaca” como la “Historia de los monjes” mencionan a ermitaños con ese nombre. También Casiano habla de dos monjes de Escete llamados Serapión. El apotegma número 878 es un extracto de la Conferencia 18 de Casiano.

875. Pasaba una vez abba Serapión por una aldea de Egipto, y vio una prostituta de pie junto a su habitación. El anciano le dijo: “Espérame esta tarde, pues quiero venir y pasar la noche junto a ti”. Ella le respondió: “Está bien, abba”. Y se preparó y dispuso el lecho. Cuando atardeció, vino el anciano donde ella y, entrando en la habitación, le preguntó: “¿Preparaste el lecho?”. Le respondió: “Sí, abba”. Cerró entonces la puerta y le dijo: “Espera un poco, pues tenemos una ley y debo cumplirla”. El anciano comenzó su oficio; tomó el salterio, y después de cada salmo hacía una oración, rogando a Dios por ella, para que se arrepintiese y salvara. Y Dios le escuchó. La mujer estaba temblorosa y suplicante junto al anciano. Cuando el anciano hubo concluido todo el salterio, la mujer cayó en tierra. El anciano comenzó el (libro del) Apóstol, y leyó mucho de él, y de esta manera terminó la sinaxis. La mujer estaba compungida, y comprendiendo que él no había venido para pecar con ella, sino para salvar su alma, se postró ante él diciendo: “Ten

caridad, abba, y llévame a un sitio donde pueda agradar a Dios". El anciano la condujo a un monasterio de vírgenes, y la entregó a la madre, diciendo: "Recibe a esta hermana, y no le impongas el yugo o la norma como a las demás; dale lo que quiera, y permítele actuar como ella desea". Después de unos pocos días dijo: "Yo soy una pecadora, quiero comer día por medio". Pocos días más tarde dijo: "Yo tengo muchos pecados, quiero comer cada cuatro días". Y después de pocos días más, suplicó a la madre diciendo: "Ya que he entristecido tanto a Dios con mis pecados, hazme un favor: ponme en una celda, ciérrala, y por un agujero dame un poco de pan y el trabajo manual". La madre lo hizo, y ella agradó a Dios por el resto de su vida.

876. Un hermano rogó a abba Serapión, diciendo: "Dime una palabra". Le respondió el anciano: "¿Qué tengo para decirte? Tomaste lo que era de viudas y huérfanos, y lo pusiste en esta abertura". Pues la veía llena de libros.

877. Dijo abba Serapión: "Así como los soldados del emperador, cuando están en atención, no pueden mirar a la derecha ni a la izquierda, del mismo modo, el hombre que está firme en la presencia de Dios y permanece en el temor delante de él a toda hora, no temerá nada del enemigo".

878. Fue un hermano a visitar a abba Serapión, y el anciano lo invitó, según la costumbre, a hacer la oración, pero él no aceptaba, diciéndose pecador e indigno del hábito monástico. Quiso lavarle los pies y él, diciendo las mismas palabras, no accedió a ello. Le preparó para que comiese, y el anciano empezó a comer con él, mientras lo amonestaba diciendo: "Hijo, si quieres aprovechar, permanece en tu celda y atiende a ti mismo y a tu trabajo manual. No te aporta tanto provecho el salir cuanto el permanecer (en la celda)". Al oír esto, se irritó y el modo se le alteró, y no lo pudo ocultar al anciano. Le dijo entonces abba Serapión: "Hasta ahora decías: Soy pecador, y te acusabas como si fueras indigno de vivir. ¿Y porque te amonesto con caridad, te alteras tanto? Si quieres ser humilde, aprende a soportar con fortaleza lo que te hacen los demás, y no profieras palabras ociosas". Oyó esto el hermano y se postró ante el anciano, y partió habiendo recibido mucho provecho.